

Benito Pérez Galdós

# Cánovas

Episodios Nacionales, 46  
Serie final



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1980

Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Ricardo Madrazo: *Retrato de Antonio Cánovas del Castillo* (1896). Galería de Retratos del Congreso de los Diputados, Madrid.

© Álbum / Oronoz

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-189-3

Depósito legal: M. 15.667-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Uno
19	Dos
29	Tres
40	Cuatro
51	Cinco
62	Seis
72	Siete
80	Ocho
90	Nueve
99	Diez
108	Once
117	Doce
125	Trece
134	Catorce
142	Quince
153	Dieciséis
162	Diecisiete
173	Dieciocho
182	Diecinueve
190	Veinte
199	Veintiuno
206	Veintidós
211	Veintitrés
216	Veinticuatro

- 221 Veinticinco
- 223 Veintiséis
- 226 Veintisiete
- 228 Veintiocho

## Uno

Los ociosos caballeros y las damas aburridas que me han leído o me leyeren, para pasar el rato y aligerar sus horas, verán con gusto que en esta página todavía blanca pego la hebra de mi cuento diciéndoles que al escapar de Cuenca, la ciudad mística y trágica, fuimos a parar a Villalgordo de Júcar, y allí, mi compañero de fatigas Ido del Sagrario y yo, dando descanso a nuestros pobres huesos y algún lastre a nuestros vacíos estómagos, deliberamos sobre la dirección que habíamos de tomar. El desmayo cerebral, por efecto del terror, del hambre y de las constantes sacudidas de nervios en aquellos días pavorosos, dilató nuestro acuerdo. Inclínábame yo a correrme hacia Valencia, impelido por corazonadas o misteriosos barruntos. Di en creer que hallaría en tierras de Levante a mi maestra Mariclío y que por ella tendría conocimiento de la preparación de graves sucesos. Pero a Ido le tiraba hacia Madrid una fuerte querencia: su

mujer, sus amigos, su casa de huéspedes. La ley de adherencia en las comunes andanzas aventureras nos apegaba con vínculo estrecho. Desconsolados ambos ante la idea de la separación, cogimos el tren en La Roda y nos plantamos en la Villa y Corte.

Largos días permanecí recluso en mi aposento pupilar de la calle del Amor de Dios. La casa estaba desierta por ausencia de los estudiantes de San Carlos, que gozaban ya de la dilatada vagancia veraniega. Prisionero me constituí en mi celda, sin osar poner los pies en la calle, no sólo por aburrimiento, sino por tener mis bolsillos tristemente limpios y mondos de toda clase de numerario. Olvidado me tenía mi excelsa Madre, sin que mi conciencia ni mi razón explicarme supieran la causa de tal abandono, pues nada hice ni pensé que pudiera desagradarle. Cuantas veces acudí a la portería de la Academia de la Historia en busca de los emolumentos que allí, solícita y puntual, me consignaba *Doña Mariana*, hube de volverme desconsolado y con las manos vacías a mi pobre hospedaje. Por fin, avanzado ya el mes de agosto, ¡oh inefable dicha!, la portera de la docta casa me entregó con graciosa solemnidad un paquete que contenía suma moderada de los sucios *papiros* que llamamos billetes de banco, y una cartita cuyo interesante contenido devoré con mis ojos en el corto trayecto de la calle del León a la del Amor de Dios.

«Perdona, mi buen muñeco –decía la carta–, si tan largo tiempo estuve sin acudir a tus necesidades. Con la presente recibirás ración no muy cumplida del pan de la vida social. Gástalo con tiento, mantente en la justa ponderación de la economía y la prodigalidad... Estoy donde estoy. No me verás tan pronto. Vivo en oscuro escondite, acechando un hecho histórico que tú no has previsto y yo sí. No pocos ca-

balleros españoles y algunas damas alcorniadas quieren engendrar un ser político, que representará la transformación capital de la familia hispana. Es lo que el bueno de Víctor Hugo llamaba *un gozne de la Historia...* Yo me entretengo mirando a los que ponen sus manos pecadoras en esta labor mecánica. Unos se esfuerzan en engrasar la espiga y el anillo del gozne para que el doblar se efectúe sin aspereza y con silencio decoroso; otros, en su afán de terminar prontito, salga lo que saliere, doblarán la Historia con maniobra violenta, y el chirrido del metal giratorio se oirá hasta en la China... ¿No entiendes esto, historiador travieso y chiquitín?... Vístete bien, ahora que tienes dinerito fresco, y no busques tu sastrero entre los de medio pelo. Reanuda y cultiva tus antiguas amistades, y disponte a estrechar las nuevas relaciones que te salgan al paso. No desdeñes a los hombres de pro... El pro se acerca taconeando recio... La pobretería se aleja pisando con el contrafuerte... Adiós, hijo. En cuanto lleguen las brisas de otoño, que avivan la natural frescura y alegría de los madrileños, diviértete lo que puedas. Si sientes apetito de lecturas, pon a un lado al amigo Saavedra Fajardo y entretente con el *Manual del perfecto caballero en sociedad*, consagrando algunos ratos a la *Moda Elegante*.»

Confuso me dejó la epístola, que leí cuatro veces, y aunque algo pude descifrar de su sentido recóndito, no llegué al pleno dominio de las ideas expresadas por la Madre en aquellas líneas, escritas con genuino trazo de Iturzaeta... Septiembre se me pasó en renovar mis amistades de Madrid y en ponerme al habla con sastres y zapateros. Amenguaba ya el calor; pero aún se veían en el Prado grupos de paseantes y tertulias de gente distinguida: formábanlas familias que no habían podido ir a baños y otras que se volvieron antes de tiempo, repatriadas por la escasez de pecu-

nia. En diferentes corros y tertulias mariposeaba yo en las tardes y noches de variado temple. También gustaba de arrimarme a los puestos de agua, frecuentados por parroquianos de distinta marca social: bastos, finos y entrefinos.

Ved ahora la cáfila de amigos que me salieron al encuentro en el Prado y sus aguaduchos: Luis Blanc, Moreno Rodríguez, Serafín de San José, Telesforo del Portillo (*Sebo*), Patrio Calleja, Mateo Nuevo, Fructuoso Manrique, David Montero, *Dorita*, Niembro, Emigdio Santamaría, Díaz Quintero, María de la Cabeza, Delfina Gay y el imponderable *Don Florestán de Calabria*, que se presentó ante mí con flamantes apariencias de limpieza y elegancia. Apartados del grueso de la concurrencia, que paladeaba el agua fresca con azucarillos y aguardiente, echamos un parrafito. Díjome que a femeniles influencias debía un empleíto escribientil en el Círculo Popular Alfonsino, y que desde que se puso en contacto con las *personas decentes* había empezado a echar buen pelo, como lo demostraba su ropa.

A mis anhelos de conocer el paradero de *Leona la Brava*, contestó que estaba en París. ¿Fue quizás con el hinchado figurón de los monumentales sombreros? No; el tal no gozaba ya la privanza de la dama de Mula; con su fatuidad *chisteriforme* habíase retirado, dejando el puesto a un protector nuevo, caballero separado de su mujer, regordete, calvoroto, afeitado de rostro y muy pulido de vestimenta, íntimo amigo de don Francisco Cárdenas, de don Manuel Orovio, y asistente pegajoso a la tertulia del conde de Cheste. Noté en *Don Florestán* cierto pudor para revelarme el nombre de aquel sujeto; sin duda quería guardar el incógnito de uno de los hombres de pro que le habían protegido. No insistí, seguro de descifrar el acertijo en cuanto Leona volviera de su excursión parisiense. ¡Y que no vendría poco



ilustrada en todo género de novelorías y elegancias! Terminó el pendolista sus referencias diciéndome con cierta vanagloria:

—Fíjese usted, don Tito: el amigo de doña Leonarda es de los que tienen más metimiento en el palacio Basilewski, donde reside la que fue nuestra soberana, quien como usted sabe abdicó ya en su hijo don Alfonsito.

Quedé con don Jenaro en que me avisaría puntualmente la fecha de la *rentrée* de la Brava, y ya no volví a verle hasta mediados de octubre. En tanto, los amigos cuyo trato frecuentaba yo por aquellos días, me confirmaron en la idea de que la sociedad española quería cambiar de postura, como los enfermos largo tiempo encamados, sin encontrar alivio. Notaba yo la *lenta pero continua* inclinación de las voluntades hacia un ideal que a primera vista deslumbraba, desviándose de los ideales pálidos ya y marchitos. Dábame en la nariz el olor del aceite con que los más sagaces querían engrasar la bisagra histórica, y a mi oído llegaba el crujir de los impacientes y el retemblido del aparato con que se hacen los dobleces de la vida de un pueblo.

En la última decena de octubre tuve conocimiento del regreso de Leonarda y de su domicilio, calle del Saúco, a espaldas del ministerio de la Guerra. Juzgando indiscreto visitarla sin previa petición de venia, eché por delante un recadito con el de *Calabria*, y por el mismo conducto recibí un pase para penetrar en la gruta de la ninfa. Era la casa linda, coquetona, mejor apañada y dispuesta que la de la calle de Lope para un vivir descuidado y placentero. En el carácter de Leona no advertí mudanza: era la misma mujer afaible, cariñosa y sugestiva que descubrí en el tempestuoso ambiente del *Cantón cartaginés*. En su habla encontré notorio progreso, pues no se daba reposo en la tarea de perfec-

cionar su léxico. Apenas abrió la boca, me saltó al oído el decir exquisito, que revelaba un trato frecuente con personas de cepa moderada. Con estos refinamientos se confundía un gracioso empleo de galicismos de buen tono, y el desaprensivo chapurrear de términos franceses, entreverados con lo más corriente de nuestro lenguaje.

Apenas cambiamos las primeras cláusulas de afectos y remembranzas, Leona me soltó en nervioso estilo el relato de sus impresiones de París, juzgando con criterio justo todo lo que había visto, sin dejarse llevar del prurito de la admiración ni columpiarse en los espasmos de la hipérbole, como es uso y costumbre de los que llevan a la gran Lutecia todo el bagaje de sus almas provincianas. El buen gusto apuntaba ya en mi dulce amiga, anunciando la deliciosa ecuanimidad de la *mujer de mundo*.

—Vivíamos en la *rue Richepanse*, muy cerquita de la Magdalena y a poca distancia de la plaza de la Concordia —me dijo—. Nos retirábamos tarde, porque casi todas las noches íbamos al teatro. A media mañana nos levantábamos, y yo empleaba largo rato en mi *toilette*, que allí, Tito mío, hay que mirar bien cómo sale una a la calle. Almorzábamos, unas veces en el café *Anglais*, que es lo mejor de París; otras veces, en *Vefour*, en las arcadas de una plaza que llaman *Palais Royal*. Por probar de todo, y para que yo me enterara bien de lo que es aquel gran pueblo en lo tocante a comistrajes, íbamos algunos días a unos *restauranes* baratitos, pero *la mar* de buenos, que llaman *Bullones* o *Duvalés*.

A su caballero daba Leona el nombre de Alejandro, que a mi parecer era denominación familiar convenida entre ellos, pues según mis barruntos, el tal personaje figuró después en la Historia no muy lucidamente con nombre bien distinto.

—Después de almorzar —continuó diciendo la Brava—, mi Alejandrito me dejaba en el hotel y se iba a sus negocios, que no eran otros que la conspiración alfonsina. Largas horas pasaba en el palacio de la Reina; visitaba al marqués de Molins, a Salaverría, al duque de Sesto, a don Martín Belda y a otros que ya no recuerdo, todos ellos metidos en esa contradanza del alfonsismo. Cansábame yo de estar encerrada en el hotel, y algunas tardes cogía mi sombrero y mi sombrilla y me marchaba a pasear por los *boulevards*, llegándome hasta la Puerta de *San Denis* o un poquito más allá. Yo podía decir lo que dicen que dijo Cúchares cuando le preguntaron si se había divertido en *París de Francia: Aqueyo es mu aburrío. To er zanto día está uno olivarej arriba, olivarej abajo...* Y no te creas, Tito, que era Leona costal de paja para los *franchutes*. Olivares arriba y abajo me seguían dos, tres y a veces hasta cinco moscones haciéndome el amor y diciéndome cosas que yo entendía muy bien sin saber una palabrita de aquel habla. Pero, dándome la mar de pisto y con muchísima dignidad, seguía mi camino sin hacerles caso y me metía en la fonda.

No volví a ver a Leona hasta una noche de noviembre, en el Teatro Real, adonde la llevaba con frecuencia su afición a la ópera, nueva señal de adelanto en su carrera de cultura. Después de buscar a Leonarda por las regiones *paradisíacas*, la encontré en delantera de palco por asientos, localidad que abonada tenía con dos amigas guapas, elegantonas y de la propia marca social. En los entreactos picoteaban las tres pasando revista con picante estilo a la concurrencia de damas, y señalando indiscretamente a sus *editores responsables*, confundidos en la turbamulta de gente distinguida, conservadora y alfonsina. Sobre la negrura de los fraques se destacaban las calvas, relucientes algunas como bolas de bi-

llar. La ópera de aquella noche era *Roberto el Diablo*, cantada por Rosina Pencó, el tenor Nicolini y el bajo David. Poco pude hablar con mi amiga en aquella ocasión porque de improviso llegaron al palco unos pollastres esmirriados, en traje de etiqueta, que entablaron voluble conversación con las tres damas, acosándolas con bromas de mal gusto y cuchufletas impertinentes. Me retiré a mi localidad del paraíso un tanto mohíno y desconsolado.

Más dichoso fui la noche del estreno de *Aida*, hacia el 10 o el 12 de diciembre, porque tuve la precaución de tomar anticipadamente la delantera de palco por asientos inmediata a las que ocupaban las tres ninfas. Sentado junto a mi amiga, pude charlar con ella cuanto me dio la gana.

—Esta noche —me dijo Leona— tenemos el teatro *au grand complet*. Sabrás, Titín salado, que hace tres semanas me da lecciones un profesor de francés, a quien conocerás el día que vuelvas por casa. Como los temas se me salen de la boca sin pensarlo, te pregunto: *¿Tienes el cordón azul de la sobrina del hermano de mi jardinero?*

Mi respuesta fue:

—No tengo el cordón de la bella hermana del sacristán; pero tengo la inmensa satisfacción de contemplar de cerca tus negros ojos y de admirar los blancos dientes que asoman entre esos labios de coral cuando iluminas el teatro con tu sonrisa.

—Cállate la boca, Tito, que no estamos solos —me contestó la Brava—. Mejor será que eches tus miradas por esta sala espléndida. En aquel palco tienes a la Campo Alange con su hija Luisa, que esta noche se lleva en el Real la palma de la hermosura. En la platea del proscenio, debajo del palco de los ministros, verás a la Medinaceli. Buena mujer, verdad. ¿Te gusta? ¡Ah pilló!... Más arriba, en los entresuelos, están

la Fernán Núñez y su hija Rosarito, *très gentile*, con otras chicas muy guapas. Sigue mirando. ¿No ves a la baronesa de Hortega con su palco lleno de señorones?

—Sí. Y en el palco de al lado, la de Navalcarazo.

—*Pardon, mon cher Tit*. No es la de Navalcarazo, sino la de Híjar... Allí tienes a Robles, el empresario del teatro, un caballero alto, moreno... En la platea de abajo, la Montúfar, guapa, carnosa. Tras ella el marqués de Bedmar, Heredia Spínola y otro alfonsino vejancón que no recuerdo cómo se llama. En aquella platea, mira, Sardeal, Ricardo Álava y unas señoras que no conozco. En el palco de al lado, la Perijaa con la Acapulco.

—Y luego sigue la de Ahumada...

—*Pardon, mon ami*. Me sé de memoria a todo el señorío de Madrid, lo que llamamos *gens du monde*. Esa que dices tú es la Folleville, con la Belvís de la Jara, la Campoalegre y Pepito Montiel... Vuelve tus ojos al entresuelo y verás a la Villavieja con el marqués de Yébenes, el neo más rabioso que hay en todo el universo mundo.

Cambiando bruscamente de cháchara, sin dejar de prodigar los *pardones* a cada instante, me quitó Leona los gemelos para mirar a las butacas.

—En el pasillo central, allí, al extremo, de espaldas a la orquesta, tienes al caballero más pomposo y elegantón que hay en el teatro —me dijo—. Es *Monsieur le Marquis du Bacalaó*. A él se acerca en este momento mi Alejandrito. Reconócelo ahora por la calva, que es de las que hacen época en la historia del poco pelo. Sé lo que le está diciendo. Cosa muy interesante. En el segundo entreacto te lo contaré, pues el primero pronto se acabará... ¿No ves en otro grupo a Ramón de Navarrete, ¡oh *le grand critique de société!*, por mal nombre *Asmodeo*? Dicen que es más viejo

que la Cuesta de la Vega, pero está muy espigadito todavía.

–Ya, ya. También andan por ahí don Ignacio Escobar y Jove y Hevia.

–Ahora entra Ramón Correa con Cruzada Villamil... A callar, a callar, que empieza el segundo acto... Esta ópera me va gustando mucho. Hoy leí el libreto y sé que pasa en el Egipto, dónde están las Pirámides. ¿Saldrán aquí esas Pirámides? Me gustaría verlas.

Terminado el acto segundo con el grandioso concertante que sigue a la marcha de las trompetas, Leona se dispuso a comunicarme las interesantes novedades políticas que, según ella, conocía mejor que nadie en Madrid. Recatando su rostro tras el abanico, me dijo con afectada reserva:

–Has de saber, querido Tito, que don Alfonso ha dado un manifiesto a la Nación, escrito en un colegio no sé si de Inglaterra o de Alemania. Hasta ahora no se ha hecho público ese documento, que dice cosas muy bonitas.

–¿Lo has leído tú?

–*Pardon*. No lo he leído. Pero mi Alejandro, que recibió un fajo de ellos para repartirlos, me ha contado todo lo que trae. Cosa buena. Como que está escrito por Cánovas, *voilà*.

–Sí, sí... Dirá, ya se sabe..., todo lo que es de rigor cuando los reyes destronados quieren que se les franqueen los caminos o los atajos de la restauración.

–Dice... que seamos buenos... *Pardon...*, no es eso... Dice que viene a reinar por haber abdicado su mamá, que a todos abrirá de par en par las puertas de la legalidad, o como si dijéramos, que todos entrarán al comedero para llenar el buche, *passsez moi le mot...* Y pone más, Tito; escucha: que si al igual de sus antecesores será siempre buen católico, como hijo del siglo ha de ser verdaderamente liberal.

—Dos ideas son esas, *ma chérie*, que rabian de verse juntas. ¿Liberal y católico? ¡Pero si el Papa ha dicho que el liberalismo es pecado! Como no sea que el príncipe Alfonso haya descubierto el secreto para introducir el alma de Pío IX en el cuerpo de Espartero...

## Dos

En el tercer entreacto de *Aida*, Leonarda, coincidiendo con mi excelsa Madre, me aconsejó que me pusiese a tono con la situación que se veía venir. Don Alfonso estaba en puerta, aunque otra cosa pensasen los cándidos *provisionales* y los que, creyéndose listos, andan a tientas por las oscuridades de la vida. Al Gobierno de Sagasta no le llegaba la camisa al cuerpo, y se defendía deportando a Filipinas a todos los que juzgaba sospechosos. Sospechoso era el país entero, que pedía orden y paz, metiendo de una vez en cintura a los malditos carcas y a los insurgentes de Cuba. A tan atinadas observaciones, que mi amiga expresaba en lenguaje más llano del que yo uso, agregé luego estos familiares consejos, inspirados en un claro sentido de la realidad:

—Cúidate ahora de la buena ropa, porque se ha concluido el reinado de los cursis y de la pobretería. Arrímate a Cánovas, que es el hombre de mañana, y si no tienes medios para hacerte su amigo, yo te los proporcionaré. Qué, ¿te asombras? Esta pobre *Lionne*, que te parecerá Doña Nadie, tiene hoy un poder que ya lo quisieran más de cuatro.

Al final de la ópera, entre el tumulto de los aplausos que prodigó el público a Tamberlick y a la Fossa, me dijo Leonarda que por *Don Florestán* me avisaría para celebrar una entrevista y ponerme al tanto de los acontecimientos. Des-

pedime cariñosamente de ella y de sus dos amigas, que tengo el gusto de presentar a mis lectores, presagiando que tal vez las encontraremos más tarde en nuestro camino. La una era María Ruiz, menudita y graciosa; la otra, Carolina Pastana, ojinegra, blanca y gordezuela; ambas liadas con alfonsinos de riñón bien cubierto que no debo nombrar, porque ya entramos en la era de la hipocresía, del mírame y no me toques, y del buen callar, que llamamos Sancho.

Con la mayor parte de los ministros del Gabinete Sagasta tenía yo pocas relaciones. Al Presidente no le había visto desde el tiempo de don Amadeo. A Ulloa y Romero Ortiz les trataba superficialmente. Por cierto que éste, en su despacho de Gracia y Justicia, adonde fui con una comisión de postulantes gallegos, nos habló del Manifiesto de Sandhurst con marcado menosprecio. El único ministro con quien tenía yo franca amistad era el de Fomento, Carlos Navarro Rodrigo, el cual en noviembre me manifestó su proyecto de fundar un gran periódico que defendiera *la pura doctrina constitucional*, contando conmigo para redactor político. ¡A buenas horas, mangas verdes!

Una tarde, a fines de diciembre (creo que fue por Inocentes, día más, día menos), fui a verle a su despacho de la Trinidad, y me le encontré demudado y tan nervioso que su lengua gorda no articulaba las palabras con la claridad debida.

—Pero ¿no sabe usted lo que pasa, Tito? —me dijo anonadándome con su gesto y el aire imponente de su procerosa figura—. Esto es inaudito. Vivimos en un país de locos... Por telegrama de hoy se ha sabido que en Sagunto el general Martínez Campos ha proclamado rey de España al príncipe Alfonso. ¿Es esto racional, es esto patriótico?... ¿Qué personalidades del ejército le han ayudado en su loca empresa?



Se habla de Jovellar, de Valmaseda, de los Dabanos, de Borrero; no sé..., no sé...

Acto seguido entraron precipitadamente en el despacho los directores generales y los secretarios, con sinfín de papeletes que traían a la firma. El ministro, con presurosa mano, garabateaba su testamento. Al despedirme, don Carlos me dijo:

—Nuestro periódico se quedará para mejores tiempos. Ahora mismo voy a ver a Serrano Bedoya y a Primo de Rivera, para saber qué determinan el ministro de la Guerra y el capitán general de Madrid... Esto no puede quedar así... Algo muy gordo pasará... Quizás no pase nada... Veremos...

Caviloso me volví a mi casa, y al subir la escalera sentí mi espíritu lanzado a un torbellino de ideas contradictorias. La renovación social y política que se anunciaba, ¿era un paso hacia el bienestar nacional o un peligroso brinco en las tinieblas?... Apenas entré en mi aposento me dio la ventolera de ponerme los trapitos de cristianar para salir al visiteo de las personas de pro, obediente a las sabias indicaciones de Mariclío y de Leona la Brava. Yo me había hecho a la entrada de invierno elegante ropita para andar por el mundo: pantalones de última moda, chalecos vistosos, levita inglesa y un gabán con forros de seda y cuello y bocamangas de piel, que quitaba el sentido. Este rico indumento completábase con espléndido surtido de corbatas, guantes, botas de charol y sombrero de copa *dernière façon*.

Disponiéndome para vestirme, busqué mi ropa en la percha y en un armario de luna que me habían puesto mis patrones para mayor decoro de la estancia hospederil, y busca que te busca, no encontré ninguna de aquellas ricas prendas que me costaron un dineral. Contrariado primero, furioso después, empecé a pegar gritos:

—¿Qué es esto? ¡Don José, Nicanora! ¿Dónde está mi ropa?  
No tardó en acudir a mi desesperado llamamiento el filósofo Ido, que trémulo y confuso, me dijo:

—Ilustrísimo señor: llega Vucencia a su casa trastornado, falto de memoria. Las tres y media serían cuando llamaron a la puerta dos individuos con uniforme, que me parecieron ordenanzas de la Presidencia o ujieres del Parlamento. Venían de parte de Vucencia por su ropa elegante para vestirse allá, no sé dónde...

—Yo no he pedido mi ropa, ¡canastos, mil porras! —exclamé fuera de mí—. Es usted un simple, don José. Se ha dejado usted robar.

—Señor, yo me lo creí porque..., verá... A eso de las dos y cuarto me encontré en la calle a ese amigo de Vucencia..., don Serafín de San José, el cual me dijo que para que don Alfonso venga con más aquel, se quería formar hoy mismo un Ministerio de conciliación y de ancha base, pero muy ancha...

—¡Qué demonio de conciliación ni qué ocho cuartos!

—Conciliación del orden con el desorden, de la libertad con el palo, de Cheste con don Salustiano de Olózaga. Ya ve usted si es ancha la base... Al saber esto y al ver que Vucencia me pedía su ropa..., *francamente, naturalmente...*, pensé que era su ilustrísima uno de los llamados a componer ese Ministerio, y que tenía que vestirse a escape por mor del juramento y de la toma de posesión...

—¡Qué juramento, qué posesión, ni qué cuerno! ¡Señor don Ido del seguro, señor don Ido de la cabeza, basta de enredos y venga pronto mi levita, mi gabán, mi...!

—Excelentísimo señor don Tito —exclamó Sagrario, consternado y casi lloroso—: lo que he tenido el honor de decir a Vucencia es el mismo Evangelio.

—Déjeme usted de evangelios, señor mío. Ya empiezo a creer que esto es una broma de los estudiantones de San Carlos que tiene en su casa, los más traviosos, los más alocados, los más pillos, hablando mal y pronto, que hay en Madrid... Esas diabluras de niños mal educados no las tolero yo. Que los aguanten sus padres, que no supieron darles mejor crianza... Y usted, señor don Ido, señor don Dejado de la mano de Dios, usted es el responsable de este despojo. Ya verán todos quién es Tito. Esta misma tarde daré parte a la policía y...

En esto presentose Nicanora, y con tan sinceras y persuasivas palabras confirmó lo dicho por su esposo, que yo quedé perplejo, sin saber qué pensar. El desgaste de energía me llevó a un estado de atontamiento que pronto fue laxitud soporífera. Dije a mis patronos que me dejaran solo, y me tumbé en el sofá, cuyos muelles cortantes habían sufrido aquel verano esmerada reparación...

Rumor de misteriosas voces atormentó mis oídos. Otra vez me sentí en poder de los entes invisibles que en ciertas ocasiones de mi vida dirigían a su antojo mi conducta social. Y eran precisamente los espíritus malos, bien distintos de aquellos benéficos y protectores que más de una vez endulzaron mi existencia.

De improviso, me hizo saltar en el sofá un anhelo irresistible de echarme a la calle. Y como ya no podía, por falta de la ropa buena, visitar a la aristocracia política, resolví vestirme con un trajecillo raído, añadiendo la capa venerable, astrosa, digna de pasar de mi casa al Rastro, y el hongo abollado que sufrió los rigores del asalto de Cuenca, pues la chistera número dos habíala destinado a medir garbanzos. Iba, pues, como uno de esos cesantes crónicos que todo lo esperan de las algaradas demagógicas. En la calle me sentí

populacho y hube de contenerme para no gritar: «¡Abajo *Alfonso!* ¡Viva la libertad de cultos y el desestanco de la sal!». En mis oídos resonaba la cháchara de los espíritus maléficos, aviesos y burlones. Tal era mi aturdimiento, que llegué a desconocer los sitios por donde iba. A menudo recibía empujones de los transeúntes con quienes tropezaba, y en todos ellos creí ver moderados o alfonsinos orondos, insolentes, pavoneándose en celebración de su triunfo.

Sin saber cómo ni por dónde, cual cuerpo inconsciente lanzado por el acaso a los laberintos callejeros, llegué a la travesía de la Parada y a la taberna de Ginés Tirado. Entre los parroquianos que allí mataban el tiempo encontré al maestro de obras Cerrudo, Perico *el de los Mostenses*, el corredor de vinos *Botija*, el churrero *Pajalarga*, el tipógrafo Vicente Morata, Antonio Merino, profesor de esgrima, y otros desafortados patriotas cuyos nombres no recuerdo. Llevome Ginés a una mesa situada en lo más oscuro del establecimiento. Formé rueda con dos o tres de aquellos puntos, y un aprendiz de medidor nos sirvió de lo añejo. Pedí al tabernero noticias de su hermana Celestina, y me dijo que se hallaba en el piso alto y que le mandaría un recadito para que bajase a verme.

Caía la tarde. Las luces de gas encandilaban mis ojos. Yo bebía sin darme cuenta de las copas que a mis labios llevaba... Sobre mi alma iba cayendo un velo de tristeza desgarrada, por cuyos intersticios veía las caras de los hombrachos que rodeaban la mesa, y oí jirones de una charla política tocante a la *venida de los higos chumbos* o, como dijo Pajalarga, del *elemento alfonsino*... En medio de aquellas sensaciones caóticas vi aparecer a Celestina, que se sentó a mi lado. En sus facciones angulosas, huesudas y secas, nariz de tajante caballete, barba muy saliente con cuatro

pelos en guerrilla, creí ver la caricatura de un rostro aristocrático. Por la manera de liarse el pañuelo a la cabeza, su parecido con el Dante resultaba perfecto. Saludome con arrumacos y carantoñas, echándome su brazo por los hombros.

Pasado un lapso de tiempo que no sé precisar, Celestina me convidó a comer; accedí; desaparecieron los bebedores; sentáronse a la mesa dos muchachas graciosas y joviales, la una más linda que la otra; sirvieron tortilla con jamón, tajadas de bacalao en el condimento que llaman *soldados de Paviá*, conejo en salsa y bartolillos; todo ello remojado en abundancia con peleón, cariñena, moscatel y caña... Entre un tumulto de risotadas que repercutían dolorosamente en mi cerebro, se nublaron mis ojos, me congestioné, perdí el conocimiento.

Mis sagaces lectores suplirán aquí la mutación de teatro que yo no puedo describir porque no me hice cargo de ella. Cuando empecé a recobrar el sentido me vi en la calle, ¡ay Dios mío!, llevado en vilo por cuatro personas, dos de las cuales me parecieron mujeres. Mis conductores no podían tenerse de risa y hacían chistes a costa mía, burlándose de mi lastimoso estado. Quise hablar y no pude... Caballero lector, prepárate para otra mutación. Sumergido nuevamente en profundo sopor, no me di cuenta de nada hasta que recobré súbitamente mi lucidez, encontrándome en una pobre estancia, tumbado en mísero camastro... En pie, junto a mí, vi dos mujeres: la una era *el Dante*; la otra, la más linda muchacha de las que comieron conmigo en la taberna.

Transcurridos los primeros instantes de estupefacción, hablé de esta manera:

—Pero, Celestina, ¿qué es esto, qué me ha pasado?